



SOCIOLOGÍA

EL TRIMARDIEUR

Á D. ANGEL GARCÍA.

Muy señor mío: He leído la carta de V. que publica el número seis de LA REVISTA BLANCA. Según ella pretende V. saber qué desean los trimardieurs y yo, comprendiendo y alabando la legítima curiosidad de V., me dispongo á satisfacerle, suplicándole que, así mis explicaciones no le satisfagan ni le convenzan, no entable discusión conmigo.

Nosotros, asesorados por una larga práctica de parlamentarismo y de discusión, negamos que de ella salga la luz y, por lo tanto, fiel á mis convicciones, no quiero contender con nadie. Bien ó mal, expondré las pretensiones de los trimardieurs y V. tomará de lo expuesto aquello que le parezca bueno, si es que no le parezca todo malo. Con lo dicho no queda V. imposibilitado de exponer sus ideas. Las expondrá si le place, pues según lei, LA REVISTA BLANCA está á disposición de todo el mundo. Sin embargo yo le aconsejaría que á su trabajo no diera carácter de réplica; sí, de una exposición doctrinal. Las razones que abonan mi súplica componen la táctica de los *trimardieurs* y, por lo tanto, las expondré en adelante.

No es lo que pudiéramos llamar *trimardieurismo* una nueva doctrina dentro del socialismo militante. Cuadraríale mejor el nombre de purificador del socialismo si en lugar de referirse á la conducta, se refiriera á la idea. No propagan los *trimardieurs* nuevas teorías sociales. Sí, conducta más en armonía con aquéllas.

Los socialistas, con todas nuestras aspiraciones, no estamos lo suficiente emancipados de las pequeñeces inherentes á la sociedad en que vivimos. La crítica menuda de individuo á individuo, ó de colectividad á colectividad, obtiene muchas energías que faltan al culto y propagación del ideal. La libertad que pretendemos para el hombre futuro, la usamos hoy para malear iniciativas y caracteres. Las páginas de la Historia humana humedecidas están por lágrimas de los grandes hombres. Todos han sido víctimas de la crítica despiadada que formularon espíritus mezquinos. Estas injusticias queremos subsanar los *trimardieurs*, preocupándonos sólo del ideal y no de los actos de sus partidarios. Para obrar de tal

manera tenemos en cuenta muchas consideraciones que llamaré de orden moral por no saber como llamarlas.

La conducta del individuo es la consecuencia inmediata de esta sociedad que tan defectuosa encontramos. En cambio, la idea, por su abstracción, pueda desligarse, si no en todo, en parte, de las exigencias malsanas del ambiente. Así á menudo vemos hombres que piensan muy bien y obran muy mal. Lo que aparentemente es una contradicción en ellos, es sólo tiranía de la sociedad; tiranía que no llega á la inteligencia ó que llega con menos fuerza. Librepensadores bautizan á sus hijos sin dejar de ser librepensadores. Las personas que sobre ellas tienen influencia social ó económica, les obligan á obrar contrariamente de lo que prescribe su criterio. Bastaría esta muestra para demostrar la sinrazón con que se critica la conducta si á su ayuda no viniera la libertad á decir que el dogma aplicado á los actos es tan injusto como el que se aplica á las ideas.

Además, la crítica por sí es ya de orden mezquino. Ningún espíritu superior se ha tomado la molestia de criticar á nadie. Crean, no critican. Son críticos de agenas conductas aquellos que, incapaces para concebir, van en busca de lunares con que rebajar el mérito de los demás. Así como las inteligencias generosas y sencillas leen con intento de asimilarse algo de la lectura, ó para recrearse en ella, el crítico no; antes de leer ó de juzgar, sabe ya que, en el libro ó en la conducta, encontrará algo criticable.

Ahora y siempre más perfectos aquellos que saben armonizar los actos con las ideas, cosa tanto más difícil cuanto más radicales se sustentan; pero los que se emancipados se precian, confiando en la virtualidad del ideal, sólo en el ideal piensan. En fin, el *trimardieur* en cuanto á los actos, es un ser que, sin haber caído en las prácticas evangélicas ni espirituales del místico de todas ideas y categorías, exentas ellas de pasión y de vida, se ha separado del rencor y del odio propio del hombre presente.

En el terreno de las ideas creemos que el ser humano no se halla lo suficiente emancipado para confesar su derrota caso de que sea vencido en las luchas intelectuales. Al contrario, para sostener sus errores apelará al sofisma y á la argucia, y si comprendé que está en situación difícil ó que se le ha puesto en ridículo por su tenacidad digna del asno, abrirá al odio y al rencor las puertas de su corazón.

De ninguna lucha tenida por medio de la palabra ó de la pluma, se ha podido saber quién era el vencedor. Los contendientes hacen uso de sus grandes recursos intelectuales para sostener, contra toda lógica y toda justicia, sus prejuicios y sus conveniencias. Sabido es aquello de que jamás hallan razones para defender la sinrazón.

De la discusión sale el odio, no la luz. Si no tuviéramos compromisos contraídos en defensa de tal ó cual teoría; si no hiciéramos cuestión de dignidad el salir victoriosos, como hacían los antiguos gladiadores, y hacen los modernos *boxes*; si á nuestra derrota, que no es derrota, sino menos errores en el cerebro, no concuerrieran testigos, confesaríamos fácilmente que la razón no está de nuestra parte. Apesar de todo, la derrota existe en el fuero interno de los vencidos. Allí nos declaramos derrotados, pero el maldito orgullo, un orgullo primitivo, nos ata á la bestialidad. Por eso los *trimardiours*, no viendo eficacia en la discusión, la destruyeron. Cada uno expone su parecer y los oyentes toman de lo expuesto aquello

que creen mejor. Así desaparece la necesidad de confesarse derrotado ó de defender lo que no tiene defensa. La conciencia obra después, sin compromisos y sin la influencia del orgullo.

Las ideas que los *trimardieurs* defendemos para la sociedad futura, son las de los socialistas libertarios y optamos la vida natural tal como la propagan los amantes de la vida nueva.

Sobre esa materia se ha exagerado mucho é intentaré dar á cada uno lo suyo.

A mi entender la desviación viene de Alemania y singularmente de Nietzsche, que no es sociólogo, como dicen algunos, ni anarquista, como han dado en llamarle los que no entienden de anarquismo. Es sencillamente un poeta que ha comprendido faltaba extravagancia y se ha propuesto cultivarla; como un botánico comprende, por las condiciones y posición de un terreno, la siembra que ha de dárle más provecho.

Al hombre da energías la naturaleza y energías le quita la sociedad; no la civilización. Pero la fortaleza ó la debilidad no ha de ser la pauta de nuestros derechos, porque ni depende de nosotros estar de ella dotados, ni, siempre es consecuencia de la naturaleza, ni, *hoy por hoy*, equivale á capacidad. No es la civilización causa de la degeneración, lo es la sociedad con sus injusticias. Si de otro modo estuviera organizada, ni las pasiones se desviarían hácia el vicio, ni del cuerpo se apoderaría la anemia, ni la neurostenia sería la *filoxera* para esta especie nuestra. También los *trimardieurs* queremos la salud del cuerpo y la del cerebro, pero creemos encontrarla armonizando la sociedad con la naturaleza; es decir, aprovechando los adelantos de la civilización dentro de unas condiciones sociales que no las convierten en obstáculos á la salud como ahora acontece. Verdad es que en nuestros días los adelantos del progreso contribuyen á la decadencia, pero este resultado lo saca el que mira la superficie de las cosas. La civilización no nos obliga á trabajar más de lo que permiten nuestras fuerzas, ni á que trabajemos en parajes insanos, ni es causa de que nos ocupemos en labores nocivas. Lo que conviene es construir una sociedad amante del hombre.

Repárese como al paso que nos acercamos á la práctica de las nuevas ideas, nos acercamos á la naturaleza, inconscientemente casi, en la masa sin el casi, por el sólo conocimiento de la higiene y de la saludable influencia de la vegetación. Antiguamente los ricos construían castillos rodeados de fosos y de murallas; hoy construyen *chalets* rodeados de árboles. No hay ciudad moderna sin magníficos parques públicos. Existen tantos en algunas capitales, es tan numerosa la arboleda en las grandes vías y en los *boulevards* que más parecen inmensos jardines que poblaciones. Y no tan sólo todos los habitantes reciben los beneficios de aquella atmósfera bienhechora saturada de oxígeno, sino que se procura que hasta las casas humildes tengan patios y estén bien ventiladas. Dentro de unos cuantos años la mortalidad será mucho menor que ahora.

Las generaciones han vivido mucho tiempo desconociendo á esa belleza sublime que se llama naturaleza y tan pronto *supieron* verla y *pudieron* comprenderla, la amaron con frenesí. Se permite y se procura, aunque no tanto como sería de desear, que el sol, el agua y el aire penetren en nuestro cuerpo, y cuando á ello la sociedad no sea un obstáculo, el amor que sentiremos por los agentes atmosféricos, nos hará amar á nosotros mismos, porque la vida será placer.

Creo haber demostrado que el *trimardieur* persigue: el triunfo del socialismo, el establecimiento de una sociedad que no haga de la civilización lo que ciertos degenerados de la morfina, y la desaparición de las controversias por contrarias á la luz y á la armonía.

De V. amigo y servidor,

UN TRIMARDIEUR.

P A T E R N I D A D

Despacho elegante. Personajes: Ricardo, cuarenta y dos años; Amalia, treinta y ocho; Adolfo, doce.

Ricardo, sentado, leyendo un periódico, Amalia y Adolfo entran. Amalia viste traje de mañana, muy sencillo; trae la mantilla puesta y tres ó cuatro libros de oraciones en la mano. Adolfo viste un traje nuevo, azul obscuro. Aspecto de colegial bien reglamentado; bien peinado, trae también un libro de misa. Al entrarse arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Amalia le contempla con satisfacción.

Adolfo. — ¿Me perdonas, papá?

Ricardo. — (Tristemente afable). — ¡Hijo!..., levanta... Dame un beso... Temprano habéis salido, con lo fría que está la mañana...

Amalia. — (A Adolfo). — Ve á tomar el desayuno... Yo voy enseguida...

Ricardo. — ¿No habéis tomado nada?

Amalia. — (Severa). — ¡Qué cosas tienes!

Adolfo. — ¡Papá! ¿Antes de comulgar?

Ricardo. — (Enmendándose). — Si ya sé... Quise decir antes de volver á casa, en cualquier chocolatería...

Amalia. — Por media hora más ó menos... Anda, hijo mío. (Adolfo sale.)

Ricardo. — Van dos veces en quince días... ¿Es eso lo que convinimos?

Amalia. — Ya estás enfadado. — Tendremos paciencia. ¿Sabes el día que es hoy? ¿Sabes por quién hemos aplicado la comunión?

Ricardo. — Sí, lo sé todo. No me exasperes.

Amalia. — ¡Jesús! ¡Dios me libre!... ¿Quieres que tu hijo sea como tú?

Ricardo. — ¿Mi hijo? Di tuyo.

Amalia. — ¡Qué cosas dices!

Ricardo. — Tuyo, sí. No tienes tú la culpa. Te dejé que le educaras á tu gusto nunca intervine con mi autoridad para impedirlo.

Amalia. — ¿Para impedir qué? ¿Que tu hijo tenga creencias, que sea cristiano?...

Ricardo. — Para impedir que llegara el caso de que mi hijo me considere con desdénosa compasión, de que me crea un réprobo por quien hay que pedir y rezar á Dios; para impedir que hoy, al oírle, al mirarle, no me conozca en él, porque no hay en él nada de mi vida, de mi pensamiento, de mi alma... Y yo que te hubiera matado mil veces si hubiera sospechado siquiera que ese hijo de mi vida y de mi sangre no lo era, he consentido un adulterio espiritual; he consentido que infundan en mi hijo un espíritu que no es el mío... Y ahora, ya tarde, lo siento con

horror y reniego de mi paternidad... Y como yo, tantos padres, por indiferencia, por tolerancia, hemos dado el sér á una generación que nos llevará... ¿Quién sabe adonde?... Sí, la culpa es nuestra; es de los que nacimos entre los tiroteos de las barricadas, de los que aprendimos con sangre y con dolor del alma lo que cuesta la libertad de espíritu y de conciencia, y porque nos creímos libres para siempre, fuimos tolerantes... Y no contamos con que vosotras, mujeres, resucitaríais en nuestros propios hijos á los enemigos de la libertad y de la tolerancia...

Amalia. —¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tu quieres matarme! (Rompiendo á llorar).

Ricardo. —¡Sí, llora, llora!... Con vuestras lágrimas y vuestros rezos gobernais el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE.

LA OBRA DEL SIGLO

Próximo á su fin el siglo XIX, para mengua de los pusilánimes y pobres de espíritu, vamos á hacer constar en estas líneas trazadas con la conciencia serena y tranquila, del qué sabe siempre ha obrado bien sin que prejuicios ni fanatismos hayan torcido sus rectas y justas apreciaciones, que, el siglo que acaba, aunque supérfluo en injusticias, ha aflanzado en los cerebros que piensan y sienten hondo un ideal de redención que da forma á las aspiraciones de libertad y progreso; ideal, há tanto tiempo concebido por los pensadores y tanto tiempo por los desheredados esperado.

Si bien es cierto que en el transcurso de este siglo tenemos que lamentar muchas y tremendas sacudidas del monstruo de la tiranía, es no menos cierto que ha podido concretar á lo que aspira y á donde caminó esta raza nuestra, empujada por incesante vaivén de oleaje impetuoso, de sentimientos tales que al parecer repélense entre sí, pero que al fin convergen unos con otros, cuando de la grandeza humana se trata.

Del mismo modo que el desenvolvimiento de la civilización nos presenta su edad de piedra, su edad de bronce, su edad de oro, y la historia nos señala las épocas belicosas, en que las generaciones llevadas por el imperio de la fuerza marchaban á la conquista y á la gloria; así también la ciencia, saliendo de los tenebrosos nimbus con que la oprimió el fanatismo, y el pensamiento humano, rotas sus ligaduras por Lutero, nos presentan la égloga de una nueva etapa que del siglo de la alquimia pasando por el de la filosofía nos lleva al siglo de la luz mil veces más luminosa y radiante por cuanto encauza la libertad y el progreso.

A la opresión del pensamiento sucede la estrepitosa revolución de los filósofos con su Enciclopedia; á las persecuciones de una democracia moliente, sucede el interregno de una aspiración para el porvenir. Las ideas devoran á los siglos como las concupiscencias y sed de dominio devoran á los hombres. El día que la fuerza de las ideas sirvan de dique invencible á aquella concupiscencia y á esta sed, habrase salvado la humanidad por medio de dos factores importantísimos á toda civilización: la ciencia y el ideal.

¿Cuál es la obra del siglo XIX? De la misma manera que el genio ha elaborado en todo el mundo su obra gigantesca, puesto que el *Quijote* es la obra de España, como el *Fausto* lo es de Alemania; la *Divina Comedia*, de Italia; la *Íliada*, de Grecia; la *Eneida*, de Roma; *Lusiadas*, de Portugal; el *Don Juan*, de Inglaterra, y otras de otras naciones ya que no hay nación sin su *Quijote*, sin su *Fausto*, sin su *Don Juan*, sin su *Divina Comedia*, sin su *Eneida*, en una palabra, sin su obra, el proletariado pensador ha elaborado también la suya. Tras tantas luchas, tras tanto bregar en el mar revuelto de la existencia, haselógrado que no se perdieran en lo infinito las quejas de tanto desgraciado, las lágrimas de tanto afligido, los sacrificios de tanto mártir. Al desaparecer el siglo diecinueve, ahito de sangre, pletórico de barbarie, cubierto de cieno y lodo, no envolverá en su sudario de muerte á los hombres y á las ideas representadas por ellos.

Acompañado de la carcajada volteriana, que legaron los enciclopedistas á nuestros predecesores y que nosotros aprendimos á ser buenos herederos en la persecución y en la desgracia, desaparecerá en los arcanos del tiempo, el siglo de las grandes injusticias, de las mayores tropelias y de los inauditos vejámenes,—llamado para irrisión de la historia futura—siglo de la luz.

Desaparecerá, sí, pero no desaparecerá su obra, como no desaparecen los resplandecientes rayos del sol con las tempestuosas turbonadas.

SOLEDA D GUSTAVO.

EGOISMOS

El excesivo amor de sí mismo, traducido en actos cuyo objeto exclusivo es el interés personal, se llama *egoísmo*.

El egoísta es una planta parásita que se alimenta con la sávia de las otras, hasta que las marchita y seca.

El egoísta todo lo quiere para sí, pretendiendo elevarse arteramente sobre los demás, concentrando todos sus afectos en sí mismo, sin cuidarse de las desgracias ni venturas ajenas.

Los egoístas son la escoria de la humanidad: son menos apreciables que las palmeras del desierto; porque éstas siquiera prestan abrigo al sofocado viajero contra los rayos de un sol abrasador.

Los que solo se aman á sí mismos no encontrarán una fiel y cariñosa compañera que llene de encantos las tranquilas horas del hogar doméstico y que les preste un consuelo y ayuda en los días de amargura y aflicción. Ni tampoco hallarán tiernos hijos que con sus juegos inocentes arranquen de su corazón el peso ó el hastío. Ni amigos generosos que les tiendan una mano bienhechora en los más acibarados instantes de la vida.

El egoísmo es la pasión diametralmente opuesta al bien; porque es la madre de todas las malas inclinaciones y esteriliza cuanto domina y toca.

Así es que en una organización social cimentada en el privilegio, monstruosa esfinge abortada por el egoísmo brutal, el bien tiene muy pobres raíces, mientras el mal las extiende cada día á mayor profundidad; pues el egoísmo es una condi-

ción de carácter ruín que destruye el principio de la sociabilidad humana, haciendo al hombre misántropo y peor que las fieras.

El egoismo de la unidad individual trasciende á la suma ó agrupación de individuos y surge el egoismo corporativo, ó sea el de gremio, localidad, región, el de clase, secta ó partido, etc., etc.

Las organizaciones del egoismo tienen y han tenido constantemente un efecto transcendentalísimo, pesando como losa sepulcral sobre los destinos de la especie humana, marchitándola, estrujándola, deprimiéndola, degradándola y formando un valladar inmenso donde todo se estrella impotente, cuando alguna energía superior se yergue y protesta, fuerte en su derecho, contra la ruda conculcación de la justicia.

Uno de los más funestos egoismos colectivos corresponde á las religiones positivas, porque sus organizaciones políticas, fundadas en el principio absorbente de la autoridad absoluta, son las máquinas más perfectas para producir el automatismo, la opresión y la corrupción en todas las esferas á donde directa ó indirectamente alcanza su perniciosa influencia.

Y como el egoismo de toda secta religiosa hierve en el cerebro atrofiado del fanático al calor de un deseo vehemente de exterminar á las agrupaciones ó comuniones contrarias, ha sido inexorable siempre llenando de sangre y horrores la Historia de la Humanidad.

Lo peor es que esta especie de egoismos colectivos en sus múltiples variedades suelen considerarse como virtudes cívicas cuando sólo engendran el rencor, el odio, la envidia y la soberbia.

El egoismo individual pretende escudarse en el deber de conservación propia, alegando la necesidad natural de buscar la felicidad personal, sin la cual la vida no tendría razón de ser.

Pero como el hombre puede buscar y encontrar de hecho la felicidad practicando el bien por el bien mismo y tiene medios de conservarse sin dejar de ser útil á sus semejantes, el egoismo no tiene justificación posible fuera del sistema de la apropiación exclusiva de los goces que informa la usuraria y positivista sociedad actual.

Aún intenta reforzar su argumentación el egoísta, aduciendo que en todos sus actos filantrópicos ó crueles, en todas sus ocupaciones físicas ó intelectuales, el hombre hace desgaste de fuerzas, añadiendo que cada fuerza gastada se repara por el consumo de principios nutritivos en combinación con otros goces y en *consecuencia*, el hombre generoso ó inspirado en la filantropía, no puede privarse de los goces que contribuyen á reponer sus fuerzas, porque en caso contrario éstas se debilitarían rápidamente y llegaría á ser incapaz de obrar, resultando inútil para la sociedad.

Es verdad que el hombre en determinadas condiciones económicas no puede dejar de ser egoísta y por eso hay que aspirar al mejoramiento de aquellas. El hombre quiere siempre en general su bienestar, pero no debe procurárselo perjudicando á los demás ó desatendiéndolos.

En una palabra, cada cual tiene el derecho de gastar sus fuerzas y sus medios de vida, para socorrer, no importa á quien, porque este derecho es inalienable y la práctica de todos los días nos demuestra que cada individuo lo usa como le place.

El egoísmo da vida á la farsa y á la iniquidad, obligando al individuo á representar los más odiosos papeles.

No es extraño, pues, que el egoísmo más refinado lo invada todo en una sociedad que sufre mortal asfixia en medio del letal y enervante marasmo producido por los grandes vicios de que adolece la constitución de la familia, pues que se halla fundada y sostenida por el más refinado y concupiscente de los egoísmos.

El egoísmo de familia engendra el principio y desencadenamiento de todos los males sociales, suponiéndole elemento plástico de todo desorden crapuloso y de toda morbosidad funcional, porque de él se derivan las incongruencias anormales de que se ve plagada la sociedad, podrida hasta la médula y que mana pus por todos sus poros, según las más detenidas observaciones patológicas.

Y no cabe la menor duda de que no desaparecerá el egoísmo de clase, mientras haya clases, ni el de nacionalidad mientras haya fronteras, ni el de religión mientras haya creencias religiosas, y no se extinguirá el egoísmo de familia hasta no cambiar la constitución de ésta, así como no acabará para siempre el egoísmo colectivo, mientras en la vida de relación suene *el mío* y *el tuyo*, que son los perennes manantiales de toda iniquidad y el obstáculo más grande para la felicidad humana.

VICENTE MARCH.

CREAMOS AMBIENTE

Llevallo á un tiempo y á la larga se declarará pagano. Ponedlo en contacto con la ciencia y para ella serán sus pensamientos. Rodeadlo de cosas que sólo recuerden el bien y de personas que del bien hablen y el hombre deseará ser bueno. Ponedlo entre el vicio y el crimen y será criminal y vicioso. Haced que viva en medio de liberales y á la libertad cooperará. Si reside entre reaccionarios á la reaceión prestará sus fuerzas. Si en una sociedad ignorante y malvada, en malvado é ignorante convertirase. ¿Qué de extraño es que el ser humano sólo en perjuicio á sus semejantes piense? ¿En qué individuo halla un buen ejemplo que imitar? ¿En qué hecho histórico podemos ejemplarnos? ¿Qué obra artística nos inspira conceptos elevados? La historia humana es una larga serie de crímenes. Criminales fueron todos nuestros grandes heroes. Nuestros mejores artistas ó simbolizaron la fuerza ó pintaron la fábula ó cantaron salmos á los dioses. Un robo representó lo que vestimos y lo que comemos. Nuestros actos, por una necesidad fatal de la base de las relaciones humanas, se dirigen todas contra el prójimo. ¿Cómo podemos ser buenos? ¿Por qué creernos malos por naturaleza si no hemos vivido en un ambiente que nos deje libres de obrar como nos plazca? Poderosísimo es el instinto de conservación y no podemos ser buenos hoy que la bondad es la muerte.

Transformemos la sociedad, establezcamos la igualdad económica y ya nuestra vida no estará en pugna con las nobles y buenas acciones. No habríamos de manifestar amor á la vida y á las comodidades alterando la tranquilidad de los otros. ¿Para qué, entonces, ver un enemigo en un hombre? Vivirase como él vivía, gozarase cuanto él goce. Como la riqueza no estará acumulada, no aspiraréis ser ricos, ni para serlo, habréis de convertiros en vampiros.

Seréis libres político y económicamente. Político, porque las leyes serán innecesarias desde el momento que no habrá intereses opuestos. Económicamente, porque nadie os quitará cantidades de vida al retiraros el salario. Se desea dominar hoy por medio del capital ó de las leyes, porque tenemos establecido el régimen autoritario como fuente de orden y de justicia. Emancipados de la tiranía económica y política, el progreso será una consecuencia de la evolución orgánica. Entonces no habrá revoluciones porque ningún régimen se basará sobre la fuerza. Y cuando el progreso sea la resultante de todas las iniciativas, libremente manifestadas, entonces sabremos de lo que el hombre es capaz en el terreno de las buenas acciones y de las grandes empresas.

Creamos ambiente, facilitemos al hombre medios para ser bueno y bueno será.

CHARLES MONEY.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

La relación que existe entre el órgano sexual y el cerebral es aún más directa que la que va del órgano cardíaco al órgano pensante. Si un corazón recargado emite una sentencia de muerte *en las actuales condiciones sociales*, la fatiga sexual produce atrofia y anemia del cerebro.

En cambio, relegando á la inactividad el órgano de la reproducción, se corre el peligro de padecer, y se padecen, trastornos nerviosos y cerebrales. De manera que si al equilibrio de la vida le es indispensable el funcionamiento regular y normal de todas las piezas que componen la máquina humana, unas, por la importancia de sus funciones, son más indispensables que otras á la vida misma. En este último caso se halla el órgano citado antes. Así como de la impresión que recibe el nervio, sólo participan en unos casos el corazón y en otros el cerebro, muy contados ambos á la vez de las funciones sexuales participan, en primer término, el cerebro, en segundo, el organismo en general.

De las impresiones transmitidas por conducto de los órganos reproductivos participa, también, el sistema muscular y no hay órgano por insignificante que sea función y por apartado que se halle de los órganos esenciales, que no esté en tensión en caso de excitación amorosa ó pasional. Es tan poderosa su influencia que hasta transforma el carácter y el espíritu de los individuos. De los goces del cerebro sólo participa el sistema nervioso y el cardíaco muy débilmente en ciertas naturalezas; de los físicos reciben efectos, á más de los citados y con mucha mayor potencia, todos los músculos. Si el cerebro es la facultad más elevada del ser racional, si el pensamiento es la nobleza por excelencia, puesto que el hombre ha llegado á él por una serie de evoluciones de cuyos beneficios no participan los demás animales, la reproducción, á pesar de su carácter animal y quizá por constituir el proceso de nuestra existencia, basado única y exclusivamente en la ley reproductiva, más poderosa cuanto más sano y equilibrado está el individuo.

Y diré de paso, que aquella teoría de los intelectos, merced á la cual se nos presentan como á seres perfectos, porque atienden sólo á lo que hemos dado en llamar espíritu, no deja de ser una manifestación de desequilibrio, puesto que á sus

ciados les falta el complemento, no del ser racional, sino del animal, que esto es lo que somos en resumidas cuentas y esto hemos de ser sino se quiere concluir con el propio pensamiento á quien tan elevado queremos colocar.

El ejercicio de todas las funciones representa la salud del cerebro, y el que descuida una sola parte de nuestro cuerpo, corre el peligro de quedarse sin razón á la larga, á la corta se quedará sin elementos indispensables al buen pensar.

Son estos apuntes así como anunciados de los problemas que habremos de exponer á la consideración de los lectores de LA REVISTA BLANCA.

Voy á cumplir lo prometido en mi trabajo anterior.

En Monlius, mi país natal, vivía un notario viudo muy orgulloso y pegado á la antigua ley de casta. Decíase que el abuelo, por los servicios que había prestado á la dinastía decapitada, había sido una de las víctimas del 93. Por un atavismo, muchas veces manifestado, apenas si se dignaba alternar con la plebe. Su ferocidad contra ella había llegado hasta el punto de no permitir que una hija suya hablara con nadie que no tuviera antecedentes nobles. Para tomar un escribiente que necesitaba fué preciso que el Marqués X asegurara que cierto joven procedía de noble familia venida á menos.

Tan pronto la hija del notario pudo dar expansión á su cariño se enamoró perdidamente y el objeto de su amor fué ese joven.

De este cariño llegó á enterarse el padre y con cajas destempladas despidió á su servidor. Este, lejos de proceder de linajuda familia, su padre era un antiguo empleado del ferrocarril del Mediodía que había perdido una pierna y que á la sazón se encontraba cesante y con una retribución diaria que no llegaba para zapatos de una familia compuesta de siete hijos y mujer, el mayor de los cuales era el escribiente, único jornal que entraba en aquella casa. Fué tan rudo el golpe que recibió el pobre joven al verse separado de su amor y entre una familia hambrienta, que enfermó y hubo que ingresar en el hospital. Restablecido enteróse de que su esposa, esposa ante la naturaleza, el testigo más justo y humano, estaba en cinta y que corría el peligro de verse encerrada en un convento. Desde aquel día jamás abandonaba los alrededores de la casa que encerraba su objeto amado.

Volvió á enfermar de nuevo é ingresó otra vez en el hospital. Allí supo que era padre y que su esposa había sido encerrada para siempre. Aquella naturaleza debilitada por los sufrimientos y por el trabajo moral á que la había sometido una sociedad enferma, perdió el juicio y hoy el joven escribiente ocupa una celda en el manicomio de Vaire. Su *manía*: hacer muñecos de la ropa de abrigo y hasta de la tela de su vestido, muñecos que colma de besos y de caricias mezcladas con el nombre de su adorada.

La antropología, esa antropología que pue le ser juzgada considerando que para nada tiene en cuenta el ambiente, quizá diga que el caso tiene todas las trazas de morbosidad; pero nosotros, basándonos en la fisiología, ciencia mucho más exacta que aquélla y en la sociología, demostraremos la ley fisiológica y social á que obedeció la locura del joven aludido.

DOCTOR BOUDÍN.

FISIOLOGÍA

Desde el punto de vista químico ¿cuáles son las sustancias utilizadas por las combustiones? He aquí una cuestión que, desde muchos años, ha sido resuelta de muchas maneras, pero á la que no se ha contestado aún satisfactoria y definitivamente.

No tendría ahora interés seguir en todas sus evoluciones sucesivas la teoría de las combustiones vitales; preferimos presentar aquí el resumen del estado actual de la ciencia.

Está admitido por los autores que más recientemente han escrito sobre la cuestión, que la fuente química del trabajo muscular es casi exclusivamente la combustion de las sustancias hidro-carbonadas, tales como las grasas y los azúcares. Se ha combatido fuertemente la teoría de que el músculo quema su propia substancia, al contraerse durante el trabajo, y produce una gran cantidad de residuos nitrogenados. Los trabajos de Liebig habían hecho admitir un aumento de urea después del trabajo; pero experimentos más recientes parecen destruir los de Liebig y demostrar que la urea no aumenta, y aun disminuye, por el trabajo muscular. No se puede negar, sin embargo, que el músculo haga una parte de los gastos de las combustiones del trabajo, puesto que, su composición química, se modifica profundamente por el ejercicio muscular; pero se atribuyen estos cambios á las transformaciones sufridas por las sustancias no nitrogenadas que entran en la composición de los jugos musculares, al *glucógeno* por ejemplo.

El *glucógeno* es una substancia hidro-carbonada, capaz de transformarse en azúcar y de conducirse, durante los actos químicos del trabajo, á la manera de las féculas y de las grasas.

Es preciso, no obstante, admitir que en ciertos casos las sustancias nitrogenadas del músculo se utilizan en las combustiones del trabajo. Hay dos pruebas de ello. La primera es que el músculo disminuye de volumen en las formas de fatiga muscular que estudiaremos después. La segunda, que es una prueba más directa, resulta de nuestras observaciones sobre la composición de la orina después del trabajo, observaciones que prueban de una manera irrefutable el aumento de ácido úrico eliminado, después del ejercicio muscular. Es preciso, pues, admitir que los tejidos nitrogenados, lo mismo que los no nitrogenados, pueden utilizarse para las combustiones del trabajo. Demostraremos también que los materiales de reserva destinados á hacer frente á esas combustiones, no son solamente grasos, sino que deben ser también sustancias nitrogenadas, puesto que los residuos nitrogenados de la orina, son abundantes, sobre todo en los individuos que no tienen hábito de hacer trabajar á sus músculos y que, por consiguiente, no han agotado sus tejidos de reserva.

Así, pues, el calor necesitado por el trabajo procede de los cambios químicos, realizados con desprendimiento de calórico, que sufren ciertos elementos, nitrogenados ó no, los cuales forman parte integrante del organismo, ó han sido introducidos en él por la alimentación. Estas combinaciones químicas son, por lo general, —no exclusivamente— *oxidaciones*, es decir, combinaciones con el oxígeno.

no. El oxígeno entra en el organismo por la respiración. Se fija y queda retenido de modo que esté siempre dispuesto para las combinaciones químicas que necesitan las diversas funciones de la vida. Aunque las oscilaciones no sean los únicos actos químicos del trabajo, constituyen los más importantes de esos actos, y el oxígeno es casi siempre utilizado en las combinaciones químicas que producen calor.

Los compuestos oxigenados que se forman durante las combustiones, pueden dividirse en dos categorías: los productos de combustión ó de oxidaciones *completas*, y los productos de oxidaciones *incompletas*. El ácido carbónico y el agua son los resultados de todas las oxidaciones completas de los tejidos hidro-carbonados, y la urea el último término de las oscilaciones completas de las sustancias nitrogenadas.

Además de estas sustancias, existen otros productos que están formados á espensas de los mismos tejidos, pero en los cuales el oxígeno entra en menor proporción, y que son, por tanto, resultados de una oxidación menos avanzada ó de una combustión incompleta.

En un horno, el oxígeno del aire, que se combina en la leña para quemarla, da lugar á productos de combustión incompleta, que son el humo y el hollín. Estos productos no están reducidos á su último grado de oxidación ó de combustión, puesto que se les puede someter de nuevo á la acción del oxígeno del aire; para quemarlos más completamente en aparatos fumívoros.

Del mismo modo, el ácido úrico, por ejemplo, es un producto de combustión incompleta y puede sufrir un grado de oxidación más avanzado. Si se inyecta en la sangre de un animal vivo cierta cantidad de esta sustancia, se peroxida y se transforma en urea.

El ácido úrico no es más que uno de los numerosos productos orgánicos que resultan de las oxidaciones incompletas, y que se llaman *residuos* de las combustiones.

Las combustiones no hacen desaparecer por completo los tejidos que las alimentan; los transforman y los desnaturalizan, como hace la llama de un hogar con la leña y el carbón que consume.

La leña quemada da lugar á productos de descomposición, las cenizas y el hollín, que se pueden encontrar en un hogar apagado. Del mismo modo, el organismo, después del trabajo, encierra productos de combustión, llamados también productos de *desasimilación*, porque no son semejantes á los tejidos orgánicos de que primero forman parte.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de RICARDO RUBIO.

ALGO DE ARTE

Los artistas de la escena están ya sobre las tablas. Volverán los éxitos y los fracasos; las esperanzas y los desengaños; las agradables emociones y las emociones ingratas. Discutiráse sobre la decadencia del arte, y la crítica criticará al autor, al público y á la crítica misma si su labor no le place.

A muchas consideraciones se presta el arte escénico, del que se dijo, como de la forma poética, que camina hacia el olvido.

¿Está verdaderamente en decadencia el arte teatral? ¿Lo está el gusto del público? Este ¿ha de exigir que el arte descienda á su *modo*? Por el contrario ¿ha de ser el público quien se eleve á las sublimidades del arte? ¿Forman una misma opinión la crítica y el auditorio? En caso contrario ¿á quién ha de darse la preferencia? Preguntas son esas muy difíciles de contestar.

Nunca supondrán decadencia los decadentes, así los del arte como los del público, porque al lado del esteta crece siempre el ideísta.

El público no es una cantidad homogénea, ni aun en España donde las luchas intelectuales son menos intensas que en otros países.

La opinión, en conjunto, no tiene ideas ni sentimientos definidos y, por lo tanto, no puede exigir afinidad del autor.

El arte ni es único ni eterno y nadie puede atribuirse la posesión de la belleza.

A la crítica hay que dividirla en dos clases: una, aquella que tiene ideas propias y juzga las obras conforme su particular criterio; otra, aquella que se inclina del lado del público. La primera puede ser llamada crítica, la segunda es una obrera que va al teatro á cumplir un deber.

Aparte consideraciones de orden inequívoco, como rivalidades adquiridas en el periodismo y otras pequeñeces, la crítica, por lo general, es benévola y lo fuera aún más si los críticos fuesen críticos exclusivamente y no críticos y autores como á menudo acontece. Sin embargo, cuando entre autor y público no hay unidad de criterio, sobre todo tratándose de un autor que ha acertado varias veces y de un auditorio que puede representar el nivel intelectual y sentimental de una nación como España que no tiene escuelas, ni cenáculos y que juzga por instinto más que por educación, el fenómeno es digno de mucho estudio. Necesariamente, ó á evolucionado el gusto del público, ó la inteligencia del artista, siempre que la discrepancia nazca del *asunto*, no del modo de presentarlo, porque, en este caso, la falta siempre es del autor. Este, entre otras, ha de saber dos cosas: dar amenidad y dar naturalidad al desarrollo de la obra, independientemente de la realidad y de la amenidad del asunto mismo. El fondo, por poco que lo sea, es cosa del pensador; la forma, del artista, y en las obras de arte, estas dos personalidades han de completarse y fundirse en una.

Descontando la unidad de la tendencia dominante, no en una nación, sino en el conjunto de todas, existen públicos y opiniones diferentes en centros como París y Berlín, tan trabajados por las luchas intelectuales. Allí la obra que fracasa no tiene apelación; la tiene aquí que el público es una cantidad heterogénea. No hay en España suficientes *especies* intelectuales para agruparlas y clasificarlas por grupos. En París y en Berlín, particularmente, los autores forman escuelas y el público también. Si el autor se declara ideísta, ya tiene teatro y público determinado; si decadente le sucede otro tanto. En este caso el pleito entre autor y público queda fallado á primera instancia. En otro teatro se preguntará por la tendencia de la obra y según cual sea, ni la leerán siquiera. El empresario y hasta los actores, están identificados con la escuela que cultivan. Madrid es pequeña para estas distinciones y así puede ocurrir, y ocurre, que una obra fracasada en la capital de España sea aplaudida en Barcelona. Hasta en una misma localidad

y en un mismo teatro, según de qué elementos se componga el público diario, puede suceder otro tanto. Prueba esto que el gusto artístico de España es más *instintivo* que el de otras naciones y que, por consiguiente, puede descender más fácilmente hacia las capas inferiores del arte.

Ahora bien, aun no siendo mercader el artista, es indudable que el público *arrastra* hacia aquellas capas, por esta fuerza irresistible que en nosotros tiene el instinto de la vida. Fundándose en esto los amantes del ideal, dicen que el arte no será arte exclusivamente mientras la necesidad de vivir *oblique* á que la industria entre en parte muy principal en toda composición artística. Por estas razones mismas en el campo del socialismo militan, sino en España en el extranjero, los caracteres más independientes y las imaginaciones más ricas. Las obras del artista son más *suyas* cuando no ha de tener en cuenta el parecer de quien ha de ofrecerle ó negarle vida, al ofrecerle ó negarle aplausos. De ahí que la primera materia de toda evolución, así artística como científica, consista en la educación del pueblo.

Ahora bien: ¿se educa en las escuelas únicamente? No; también en los teatros, á lo menos tal como nosotros los hemos concebido. Claro que si la gente no los frecuenta, no pueden educar, pero las tablas, como la cátedra, han de ser objeto de amor y de sacrificio por parte de los artistas verdaderos. No faltan especuladores en el teatro atentos más al bolsillo que á las satisfacciones internas. Estos, sin otras miras que el negocio, explotan el gusto del público por pervertido que se manifieste. El artista de sentimientos elevados intenta atraerlo hacia el arte que educa y recrea.

Ejemplo de ello lo ha dado el señor Sánchez de León al salir en defensa del llamado género grande con apasionamiento propio de enamorado. Por su loable empeño habría de obtener y creemos que obtendrá, no sólo el favor del público que va al teatro en busca de emociones elevadas, sino de los autores que ven con pena la perversión de inteligencias superiores.

Es esto una verdadera cruzada por el gusto y por el ideal á la que han de prestar sus fuerzas las voluntades que se mantengan puras en medio de esta impureza artística que nos asfixia. ¿En pro de qué se luchará sino se lucha por el ideal? Y ¿qué es el hombre que no lo tiene?

Los autores, sean ó no románticos, simbolistas, decadentes ó ideistas, con tal que tengan un ideal artístico, habrían de cooperar á la obra emprendida por el empresario del Nuevo Teatro.

Nuestra completa simpatía ha obtenido el señor Sánchez de León por los propósitos mencionados y por los que se refieren al apoyo que se propone prestar á la juventud literaria, *modernista* casi toda.

Muchos años hace que las puertas del teatro español sólo se abren á los apóstoles del romanticismo. Salvo unas cuantas obras que podríamos llamar de transición, escritas de diez años acá por nuestras firmas más reputadas, las demás recuerdan el cenáculo que allá por el año 20 fundó Victor Hugo.

No siempre dominan los mismos gustos. Los transforma la lectura y las relaciones. La gente nueva, educada en otro ambiente, concibe de otra suerte los problemas del corazón y los del cerebro.

Podrá no progresar el arte en su valor intrínseco, pero progresa el sujeto del arte, el asunto que el artista trata. Se ha convenido en que esta existencia nues-

tra con sus afanes, sus penas, sus deseos, sus enfermedades y sus adelantos no es la de nuestros mayores. Llevemos *eso* á las tablas y llamémoslo como nos plazca. Decimos. «La vida moderna.» Luego si hay vida moderna y queremos que esta vida sea el sujeto del arte, ha de haber drama moderno. Los clásicos, con llevar á la escena escuderos desvergonzados, bufones estafalarios, doncellas pudibundas, criadas entrometidas y capitanes pendencieros no hicieron más que representar las costumbres de su época. Los románticos han hecho lo propio haciendo resultar el drama de amores desgraciados, de maridos ofendidos, de honras mancilladas, de viejos egoistas y de hombres perversos. ¿Es esto lo que pide hoy nuestro intelecto? Considérese como hubiera recibido un drama de Echegaray el público que aplaudía á Lópe de Vega. Que se lea con gusto *El Quijote* ó que se aplaude *La vida es sueño*, ¿supone que han de ser aplaudidas todas las obras de los clásicos? ¿Significa que, ni aun éstas, han de serlo siempre?

No somos modernistas, ó lo que seamos, porque queremos. Lo somos porque el alma nuestra no se satisface con el manjar artístico que priva hoy. Nuestro *modo* ha de obedecer á una evolución del gusto; de ninguna manera á un capricho del escritor, ni á una extravagancia del neurótico. Nadie puede variar las leyes que nos hacen sentir la belleza de esta ó de aquella manera, ó amarla con este ó aquel amor. El artista no evoluciona aislado de la humanidad, porque no puede sustraerse á la acción que en él causa el roce con sus iguales. Desde el momento que en Berlín, en París y en Madrid hay *eso* que se ha dado en llamar modernismo, es que el ambiente social los ha creado, es que las bellezas unidas han inspirado otras.

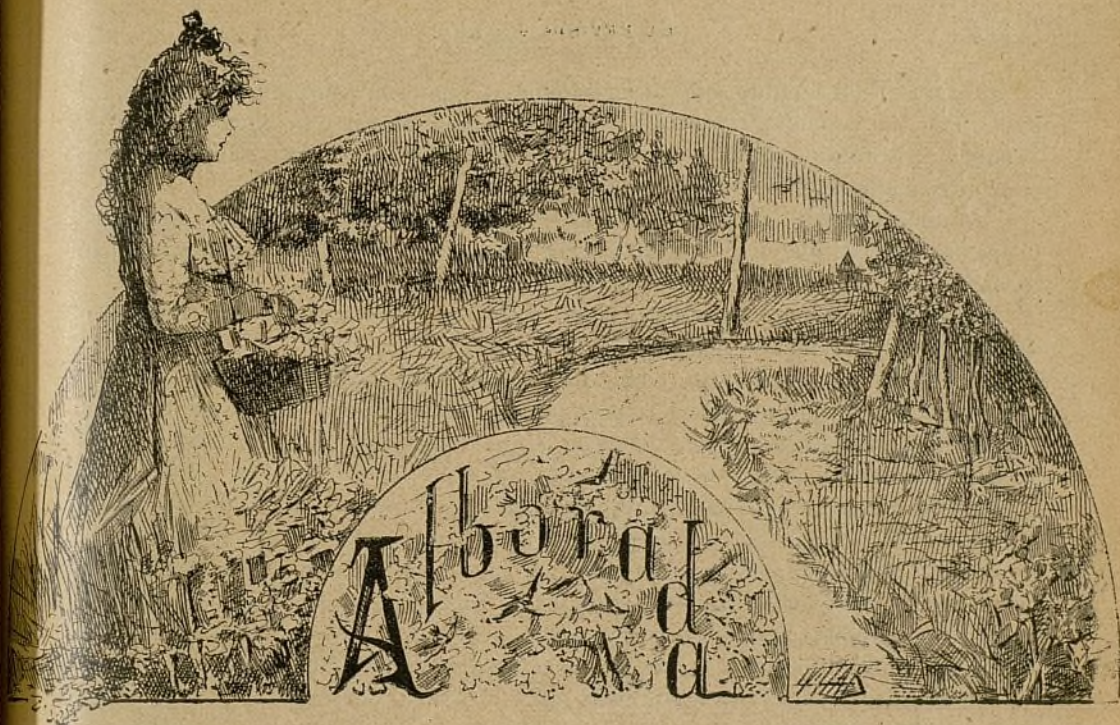
Error grande es creer que lo bello está reñido con lo verdadero. La realidad no es impura, y si lo fuera, se purifica. La belleza es mucho, pero no es todo. La verdad es grande por sus propios méritos, pero es mayor si á más de ser verdad, es bella. Por eso el ideal del artista ha de ser armonizarlas. Juntas formarán las grandes obras. Abrazadas serán el símbolo de las sublimes aspiraciones; la inspiración abarcará nuevos mundos; el ánimo sentirá más hondos afectos, notas desconocidas, emociones más fuertes, goces más impetuosos.

El amor, la pasión más hermosa, pugnando por desprenderse de los tiranos brazos de nuestras preocupaciones. Desprenderlos es un problema, una idea. He aquí el drama, la pasión y la idea, el cuerpo y el cerebro. El primero para conmovernos, el segundo para convencernos. La pasión para hacernos sentir, la idea para hacernos pensar. El resultado: la sublime hermosura enlazando el corazón con la cabeza; el ideal artístico conmoviendo nuestro sér, despertándonos á nueva vida, á nuevos anhelos, á nuevas aspiraciones.

Y el Sr. Sánchez de León al abrir las puertas de su teatro á la juventud literaria, hará inmenso bien á la cultura y al arte. El público podrá apreciar ideas y emociones nuevas y quizá de esta variedad ó de esta novedad, nazca la afición al teatro grande.

Para bien del arte lo quisiéramos. Ojalá que el empeño del Sr. Sánchez de León sea fructífero en obras, aplausos y público. No ha de faltarle nuestro apoyo por insignificante que sea.

URALES.



Elisa era una linda criatura de quince abriles, pero, apesar de ellos, no había franqueado el umbral que separa la niñez de la juventud. La hermosa primavera de la vida llegaba tarde; y es que, en el sér humano, no tiene, como en la naturaleza, edad fija para manifestarse.

Dominaban en ella los gustos y las travesuras propias de una niñez aislada del mundo, entre damas y caballeros de cartón, faldas y otra vestimenta de sus personajes inanimados, y toda la batería de cocina con la que condimentaba comidas para aquella numerosa familia sin dientes y sin estómago.

Apenas salía de casa; sólo jamás.

La mamá de Elisa era una señora que vivía para su sér querido, el único que le quedaba de un matrimonio de dos años y había puesto tal cuidado en su hija, que ésta creció como crece la planta en poder de diligente jardinero.

Si en la casa entraban disgustos, la mamá se quedaba con ellos; en cambio si entraban alegrías, Elisa era quien primero las gozaba.

Aquella angelical niña tenía la suerte de no conocer amigas. Su angel tutelar se propuso que no las tuviera y además Elisa, con sus aficiones, no era muy propósito para tenerlas.

Querían aquéllas conversaciones más mundanas, juegos menos inocentes. Elisa hablaba sólo de niñerías, de cromos y de otros asuntos tan transcendentales como estos.

En el paseo miraba á todas las personas, grandes y pequeñas, hombres y mujeres con la misma indiferencia, con mirada exenta de color y de afectos.

Como Elisa era crecida y de buen ver, algún que otro jovencuelo la hablaba con este lenguaje mudo de los ojos, primero, segundo y tercer vehículo de los deseos y de los afectos, y si nuestra niña se daba cuenta de ello, no acertaba á comprender el por qué de tan pronunciada curiosidad.

Así vivía Elisa cuando soñó una cosa en extremo extraña para ella y que, por serlo tanto, no supo explicársela. Contó el caso á su mamá y la buena señora dió al sueño un sentido que tampoco satisfizo á Elisa. Era la primera vez que había puesto en duda explicaciones venidas de tan indiscutible persona.

—Mamá me oculta algo, se dijo.—¿Por qué?—Lo cierto es que me supo mal despertar. Parece que he descubierto juegos más entretenidos, notas más melodiosas.

Y para gozar de nuevo con las nuevas dulzuras descubiertas, recordaba otra vez su sueño extraño.

Era éste que encontrándose rodeada de juguetes, tomó en sus brazos á un hermoso bebé. En ellos que estuvo la prenda adorada, empezó á crecer, á crecer. Cuando hubo alcanzado regular tamaño, el bebé abrió los ojos y tan dulce y singularmente miró á Elisa, que ésta, sin saber por qué, tuvo que bajar los suyos.

El bebé crecía, crecía más y aunque Elisa apenas podía con él, no por eso le molestaba; al contrario, se sentía orgullosa de sostener prenda tan bella.

La extrañeza y el placer de la niña fué mayor cuando notó que el bebé movía los brazos y posaba sus manos en el rostro de Elisa y jugaba con sus rizos y pronunciaba palabras jamás oídas ni imaginadas de puro dulces y acercaba sus labios á los labios de la niña y juntos que estuvieron Elisa despertó.

Por la mañana, como de costumbre, abrió el balcón pareciéndole que las flores eran más hermosas y aromáticas que otros días, el aire más suave, los rayos del sol más ardientes, más armonioso el gorjeo de los pájaros y las muñecas menos encantadoras.

Era que su espíritu se había engalanado con las galas del amor y apreciaba con más intensidad las bellezas de natura.

La nueva vida, la vida de las pasiones, alboreaba.

FEDERICO URALES.



EL ANUNCIADOR

CUENTO

Era un valle triste y desolado, un valle trapezoidal, cerrado por todas partes; una prisión temible y lúgubre. Por tres lados se levantaban vertiginosos montes, cuyas cimas eran tan altas que parecían juntarse; montes de granito duro, indómito, sobre el que jamás había germinado ni un árbol, ni una flor; sólo en las fragosidades crecía un musgo espeso y sombrío. El cuarto lado, el más *estrecho*, lo cerraba un edificio monstruoso, hecho con enormes sillares, arrancados á los montes por algún cíclope; edificio extraño, pavoroso, indefinible; especie de fiera apocalíptica que era templo, palacio de conquistador, antro fabuloso de embrollo, pretorio, cuartel é iglesia; un monumento inmenso compuesto de criptas subterráneas, salas profundas, dominadas por torres colosales tan altas como los montes, pesadilla terrible, visión quimérica, que pesaba como fantasma en el alma de las sencillas gentes del valle.

Este valle estaba habitado por pobres y tristes seres, mezquinos y desmirriados, pálidos como las flores sin luz, porque los montes avaros no dejaban penetrar, hasta la tierra estéril, ni un rayo de sol; así es que los hombres vivían en la incierta claridad de un crepúsculo perpétuo. Todos tenían la espalda encorbada y el pecho deprimido; jamás habían aspirado aire puro, y sus oídos, afinados por la soledad, distinguían los tristes alaridos que el viento producía al pasar por las altas cimas. Era el solo rumor que llegaba hasta ellos, rumor misterioso que llenaba sus cerebros de oscuros deseos; á veces le oían sollozando, y cuando las luces indecisas que de vez en cuando herían sus sentidos, desaparecían, quedábanse sumergidos en negras tinieblas.

Así pasaban los días tristes, semejante á la luz que proyecta una linterna en la oscuridad de la noche y á cualquier lado que volvieran sus pupilas dilatadas por la costumbre, no veían más que las infranqueables murallas.

Su ocupación era apacentar raquíticos ganados, por prados estériles, en los que no crecían las flores y, para distraer su morosidad, colgaban al cuello de los lechones y terneras cencerros de plata, metal común en aquellas rocas seculares, y el valle, se llenaba de una armonía dulce y melancólica que les hacía sentir esperanzas y aspiraciones indefinidas.

Sin embargo, entre los jóvenes del valle, había algunos á los que el hastío aburría hasta la desesperación. Sentíanse hartos del trabajo del campo; les repugnaba bajar á las entrañas del monte, ahondar más y más las profundas galerías para arrancar mineral y, abandonando las estrechas calles del arrabal, sentábanse delante las puertas del palacio y, sollozando, pedían remedio á sus dolores y laxitudes.

El palacio había estado habitado en todos tiempos por tres hombres que, según se decía, tenían la llave del misterio. Hacia muchos siglos, según la tradición, que dominaban sobre aquella tierra la desolación y tristeza. Como tributo, entre-

gaban á estos hombres los mejores frutos del suelo, el ganado más hermoso y el dinero más aquilatado y sonoro.

Se les consideraba como protectores; como dioses, casi. Se decía, entre las gentes, que la sabiduría y la fuerza de aquellos hombres era la única causa de que el valle no desapareciera en un abismo, y creían que la masa formidable del palacio impedía á los montes de juntarse tumultuosamente y enterrar las pequeñas y frágiles poblaciones del valle. Por eso, estos hombres, eran venerados, respetados y temidos. Dos de ellos vestían de negro; el tercero llevaba pomposamente ropas encarnadas. Cuando se les veía, que no era muy frecuente, el primero llevaba en las manos balanzas con mazorcas de afilada punta, el segundo presentaba un libro que era costumbre adorar y el tercero blandía una cuchilla cuyo acero estremecía al tímido pueblo.

Cuando los desesperados llegaban gimiendo ante las puertas del suntuoso alcázar, los temidos señores les hablaban uno tras de otro. El primero, señalándoles los caminos del valle, les decía que nadie debía abandonarlos y que las faltas se pesaban en la balanza justa y sagrada, creada expresamente para mantener el orden y por consecuencia la felicidad. El segundo les decía con acento sentencioso palabras consoladoras; les afirmaba que sus dolores y tristezas no tenían fin ni causa; que los hombres siempre habían vivido en el crepúsculo y que sólo amándose los unos á los otros y sabiendo morir resignados, podía hallarse en otra tierra, nueva y empírica, un sol prodigioso, cuya desconocida claridad, para gozarla, era preciso hacerse merecedor. Su voz hacía entonces más dulce é imperativa y aconsejaba á los efebos que volvieran al hogar paterno. El tercero, el hombre vestido de encarnado, no hablaba nunca, contemplaba los jóvenes meneando la cabeza en señal de desprecio cuando alguno se negaba á volver al redil y, con frecuencia se hallaban colgados de los árboles, ó hechos piltrafas sobre las piedras, cuerpos ensangrentados; eran los de los audaces que habían querido escalar las altas torres y que la cuchilla del hombre rojo, la muda y tétrica cuchilla, había arrebatado la vida.

Luengos siglos pasaron así. Un día, en el valle, circuló un rumor que produjo estupefacción general; un ser desconocido había surgido súbitamente, y nadie sabía de donde. Era un adolescente, fuerte y hermoso, cara imberbe, llena de ternura y energía, ojos claros y llameantes como el sol, voz encantadora y sorprendente, cabellos largos y rizados. Su cuerpo, robusto y ágil, lo cubría una ropa blanca y ajustada al talle, y en sus manos, por toda arma, llevaba un cayado de una madera ignorada. Por las tardes entraba en las casas, se sentaba en el poyo, aceptaba lo que le ofrecían los habitantes, y cuando formaban corro alrededor de él, les hablaba de un país admirable, acariciado por vientos apacibles de hálito consolador; jardines con flores suntuosas, destilando aromas de felicidad; vergel inaudito, con frutos sabrosos y buenos, madurados por el astro magnífico, del que los oyentes no habían visto nunca más que muertos y pálidos reflejos.

Las gentes escuchaban con entusiasmo al desconocido. Muy pronto no se contentaron con oírle sólo por las tardes, y le seguían por los prados tristes del valle, que su palabra reverdecía, y por las rocas accesibles. La curiosidad de los que le seguían era insaciable; no olvidaban ni un solo relato de su huésped y cada día el deseo de conocer la comarca maravillosa, era más grande. Se preguntaban dónde se hallaba ese paraíso de consuelo, que querían conquistar y le-

vantaban al cielo sus brazos débiles que el entusiasmo hacía fuertes. El adolescente resistió á sus ruegos durante mucho tiempo. Una mañana, cuando vió que la ambición de mejorar había engrandecido sus almas, cuando comprendió que la sed de cambiar había fortificado sus corazones; cuando les sintió dispuestos á intentar la suprema conquista, les dijo que el Edén anunciado estaba á la otra parte del castillo sombrío, detrás de las salas lúgubres y las torres fabulosas, y les reveló al mismo tiempo, que los tres hombres, á quienes tanto saber y virtudes atribuían, no hacían sino prohibir la entrada en el Edén de paz y de delicias. Entonces, de la multitud, escapóse un grito horrible, y se sintió germinar en ella un odio terrible y un amor inmenso; una aspiración de felicidad la sublevó y, volviéndose hacia la luz, gritó desaforadamente lanzándose al mismo tiempo con ímpetu de torrente, contra el monstruoso edificio; al choque potente, sus sillares se bambolearon, las almenas se desplomaron y el terrorífico castillo se vino abajo.

Envueltos en el montón inmenso de los escombros, los tres hombres quedaron sepultados. La multitud les despreció y siguió adelante, sin ver que, el Anunciador, yacía en el suelo, víctima del último esfuerzo de la cuchilla del hombre rojo. El Anunciador se sonrió, satisfecho de su obra, y murió perdonando la ingratitud de haberle olvidado, porque la horda, antes triste y miserable, había entrado en el camino de su redención y aclamaba al sol bienhechor de la libertad.

BERNARD LAZARE.

Traducido del libro *Les Porteurs de Torches*, por A. LOPEZ.





SECCIÓN LIBRE

EL FEMINISMO EN ESPAÑA

Para J. MARTÍNEZ RUÍZ.

Leía cuanto V. escribía, me gustaba cuanto V. hacía, literalmente hablando, y me deleitaba sobre manera el texto de sus Crónicas de *El País*, escritas con la galanura de estilo con que V. sabe adornar sus escritos.

La casualidad ha puesto hoy en mis manos, una de aquellas Crónicas, en las que V. trata acertadamente sobre las ideas del *Feminismo en España*, estudio muy simpático para mí.

Con tal motivo, á esa misma Crónica remito, estas líneas, procurando con esta la ocasión de ver si puedo sacarle del Aventino adonde parece V. retirado.

Y digo esto, porque yo deseo que V. vuelva á escribir, y que lo haga V. sin prejuicios de género alguno, y si es posible que me conceda V. los honores de la réplica.

Al leer la Crónica que aquí tengo presente, he alimentado una creencia.

Creo que V. conoce también como si al escribir tuviera delante de sí, sobre la mesa, la *viscera* humana, disecada después de haberla reducido á la prueba anatómica del examen analítico.

¡Qué difícil es todo esto! Qué difícil y qué fácil á la vez resulta para mí el conocimiento de todas esas concausas, que determinan el conocimiento escénico de la comedia humana.

Lo que llamamos luchas de la vida, á mi me parecen una porción de actos poco *conscientes*, ejecutados unas veces con ayuda de la fortuna y las más de la desgracia.

Yo creo que soy lo que V. podría ser.

Un estoico (¿?)

Un estoico que no cree en nada de ese mundo ideal que forma la fantasía en sus locos ensueños; un descreído en el inmenso torbellino de los sucesos de la vida y con una filosofía positivista, acaso para muchos, en mi modo de ver, como algo así del estravismo de una mirada que quiere ver con clarividencia los hechos sin llegar á conseguir la *acomodación visual* al punto de mira.

Un estoico con todo el *formalismo* inherente al caso, lleno de los que podrían llamarse *verdad desnuda*, *verdad ática*, y eso de esa *verdad mentira*, esa *verdad ficticia* en que vivimos; porque vivimos en la *mentira*, en la *mentira social*, en la

mentira gubernamental en la *mentira religiosa*, todo adornado por el bello *formulismo* de los educacionalismos recalcitrantes que saturan nuestra atmósfera, hasta axfisiarnos en ella; porque no hay máquina del pueblo que no esté invadida por las morbosidades ingénitas de los poderes mayestáticos sumidos en la abyección, ni fisura del aire que aspiramos, que no aletargue los pulmones enfermos en sus funciones vitales y el corazón en la lucha titánica de sus isócronos ruidos, porque no se aspira más que el vaho de las hediondeces y miserias infiltradas en la savia que fructifica y da valor y vida á todo natural y consistente efecto.

Y aquí es donde me conduce el fatalismo de mis creencias.

¿No es cierto que estoy fuera de la vida real.... *ad-usum*?

Discurro para ello *grosso modo*, no lo niego, de la misma manera discurren los demás hombres en sus diversas relaciones con la *forma externa* social.

Así está pues, toda mi ciencia. Ahí está determinado todo el *efectismo* (¡y va de *ismos*!) teatral de la comedia humana.

La tierra es un gran escenario y cada hombre es un dramaturgo de sus acciones escénicas, de sus obras humanas.

Yo no soy un Shakespeare, por de contado.

Quiero más las genialidades del Sático.

Es más fácil desempeñar este papel encajado de endiabladas cabriolas y risas que hacer una obra humana, la apología del SER. A mí nada me importa el *ser*—que dijo el otro.

Tengo las habitaciones del cerebro sólo predisuestas para dar forma á las ideas diluidas en una mefistofélica sonrisa.

Las grandes *cosazas* no pueden rendirse á mi *insuficiencia*.

Si no fuera así yo trabajaría en una empresa, que para sí, han tomado unas muy pocas mujeres en España.

La empresa es formidable.

Tan grande en esta España empequeñecida, que me parece lo mismo que buscar el punto de apoyo al que obedecen las leyes naturales, que rigen los mundos y moverlos.

Mujeres intelectuales son aquellas de esta redentora empresa.

Es necesario creer que ellas harán más revoluciones sociológicas que nosotros.

La iniciativa de una mujer es la que se me debe permitir llamar el *cosmos social*, y ella puede remover el mundo de las controvertidas ideas, para llevar al hogar la paz de las conciencias libres en el sagrado fuego del amor de la familia.

La historia registra grandes rasgos epopéyicos de lo que puede ser la mujer.

Al sexo débil, al *bello sexo* que agarrota el pensamiento en las rejas del confesionario y que vive en la ignorancia de las cosas, hay que hacerle conocer también la verdad, hay que concederle y no negarle por sistema, *fósforo* del cerebro, y predisponer este cerebro al conocimiento intrínseco de toda ciencia.

Queda en la mujer circunscripta ser social al mínimum de la educación primaria, y cuando concluya ésta, se le cierra toda fuente de ciencia, escribiéndole en la frente, al salir de la escuela, un *non plus ultra*, un *nó hay más allá*, y abrogándonos el derecho de la *capitis diminutio* de la hembra, como si por las condiciones fisis-psicológicas del cerebro, del alma y la vida, no pudiera resistir el estudio, la dedicamos tan solo como bestia de carga á los laborables servicios domésticos.

No puede venir á menos su condición humana, la condición ridículo que imponen nuestras costumbres sociales.

De ahí se deduce que V. pueda decir en su Crónica, que en España, la mujer no piensa en nada..... y que las que piensan solo se preocupan de exhibirse, de hacerse un nombre literario, como otras se hacen un traje ó un sombrero.

Yo soy un voto más que aboga porque la mujer tenga libertad de acción y pensamiento.

Poner trabas al pensamiento es tan sandio como poner trabas á la ágigantada marcha del progreso, y á las leyes de la naturaleza.

Yo voto porque las mujeres trabajen en mancomun por su independencia, por la nueva idea, las *dóctrinas del feminismo*, dogmatizadas como en otros países de España, *en el teatro, en la novela, en el meeting*, en todos lados donde haya sentido común.

Yo no quiero la mujer *inconsciente*, ingénua, cándida; quiero la mujer inteligente, experta, que estudie, que piense que forme parte del mundo.

Que forme parte del mundo, acabándose la esclavitud en que vive. Como dice Jules, Bois y Leopoldo Lacour; *la mujer debe ser igual al hombre*.

Y aquí ahora no tiene V. al estoico, sino al escéptico.

Decía V.:

«Y esa esclavitud no acabará mientras no desaparezcan ciertas instituciones: mientras no desaparezca, al menos en su forma actual, el matrimonio, «lazo indisoluble» que acaba con la *autonomía* de dos seres, que condena á vivir siempre unidos á dos seres que pueden continuar queriéndose durante toda la vida, obrar de perfecto acuerdo—y en cuyo caso, ¿para qué la Iglesia, para qué el Estado?—ó pueden, y esto es lo más frecuente, estar en desacuerdo en ideas y en carácter, y entonces es una monstruosidad obligarles á vivir unidos.»

¿Y se atrevió V. á decir eso sin agraviar la moral de cuatro meticulosos ultramontanos.....? A donde conducirán el altruismo de las ideas.....?

Usted un día votaba por el amor libre, y no sabe V. que yo conozco un ultramontano, que escribe..... y vota *por el amor obligatorio*!

Ya ve V., para que miran á la mujer.

La mujer..... *obligatoria*. Ahora dé V. alas á esas *ideas nuevas* y escriba usted un nuevo génesis en donde comience la *autonomía* de las mujeres.

Soy escéptico, estoico y descreído..... ¡una negación!

La mujer seguirá viviendo en el oscurantismo, en su *ignorancia femenina—principalmente en nuestro país del poder clerical, y.....*

Quiere V. que la mujer se eduque de una manera idéntica al hombre, que crezca y se desarrolle en común con el hombre.

Cree V. que de esta manera el hombre no se acostumbrará á *ver en la mujer un instrumento de placer, sino la compañera*.

De este método la enseñanza que estudian Lecour y Robin, escandalizaría á mi ultramontano..... ¡que vota por el *amor obligatorio*!

Dígale V. á ese que considere á la mujer con *la misma naturalidad que considera el dormir y el comer etc.* y ya verá V. como ese voto..... es *pornográfico*, escandalizándose por otra parte de las *dóctrinas del feminismo*, propagadas en periódicos y cátedras.

¿Cree V. que estamos cerca de emancipar á la mujer?

¿Quién lo cree?

Yo soy un filósofo *racionalista* á la moderna..... del género cómico..... con ojos al manicomio del Dr. Ezquerdo.

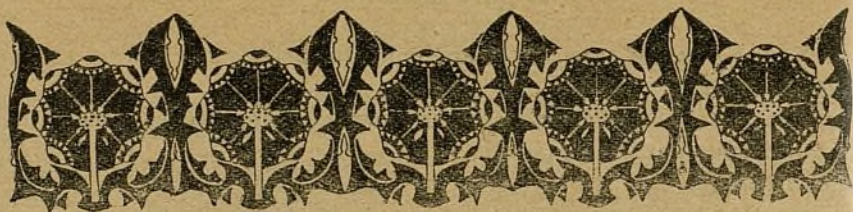
Soy el descreído.

¿Vendrán las ideas nuevas á instaurar un nuevo Estado..... sin conservadores ni jesuitas?

Que me mate entonces la lógica de los hechos.

JUAN DAGA.





TRIBUNA DEL OBRERO

ADVERSIÓN AL BIEN

Acostumbrados á vivir esclavos y miserables tenemos aversión á ser libres y vivir felices. Está nuestro cerebro tan repleto de falsas ideas, que vivir sin ellas nos parece la vida prosaica y fastidiosa en extremo; y tanto es así que preferimos vivir en el estado degenerado y deplorable si él nutre nuestro cerebro con unas cuantas ficciones insustanciales.

Desde que el sér humano se apartó de la naturaleza, ha sufrido una serie no interrumpida de calamidades y de miserias. Se enseñó al hombre que Dios le había hecho á su imagen y semejanza y se creó á la madre que le dió el ser, estos es, superior á la naturaleza.

Dios es superior á todas las cosas, le han dicho, y el sér humano viendo que Dios es superior á todas las cosas y siendo él un semejante suyo también se creyó superior, y al sentir las influencias de la naturaleza lejos de acatarlas y vivir en íntima comunión con ella, le ha declarado la guerra y ha dicho: ¡domémosla! Todo cuanto estaba expuesto para que todos pudieran satisfacer sus necesidades, se declaró propiedad de una minoría; se formó la autoridad y se dividió en clases lo que antes sólo era una familia.

A esta división de clases le sucedió el odio y al odio las guerras: los resultados son de todos bien conocidos y no merece, por lo tanto, que me detenga á enumerarlos.

Se llevó el hacha á los bosques y se derribaron los árboles que tienen, entre otras, la importante misión de recoger el carbono de la atmósfera y de exhalar oxígeno. En las llanuras se destruyó la pequeña vegetación para reemplazarla por carreteras, ferrocarriles fábricas, etc., etc.

Los hombres se reunieron en manadas y formaron los grandes estercóleros que, para no causar tanto asco, llamaron ciudades.

En ellas han instalado sus industrias que despiden olores que el sér humano no puede soportar sin que perjudique su organismo. Se inventó la luz artificial para poder tener más sujetos á los esclavos y atrofiar la vista. Se inventaron las máquinas y los explosivos, gracias á los cuales tenemos un buen número de seres

que al que no le faltan las piernas le faltan los brazos. Y después de haber inventado tantos medios de arruinar á la humanidad, todavía tenemos aversión al hombre que se cria en la selva gozando de los dones de la naturaleza. Dicese que no es posible volver atrás; hemos conquistado muchas cosas, sin las cuales no podríamos vivir; los primitivos hombres no tendrían que disputarse el alimento con que se nutrían, pero no disfrutaban de las corridas de toros, de las carreras de caballos ni de otras diversiones por el estilo. ¿Cómo podrán ser felices aquellos salvajes cuando la ciencia todavía no había descubierto el modo de fabricar el cristal que, aunque la elevada temperatura ponga fritos á los obreros, y la extracción y elaboración del azogue cause muchas víctimas, tenemos la gran satisfacción de mirarnos al espejo? ¿Como podían ser felices cuando la química era desconocida y no podían saborear más líquidos que el agua y la leche y gracias á aquellas tenemos hoy una infinidad de bebidas espirituosas que, aunque haga idiotas á muchos individuos y envenena la sangre, pasamos grandes orgías?

Además, aunque la humanidad perezca no podemos pasar la vida donde la naturaleza nos tiene destinado, tenemos que hacer de peces aunque las olas del mar nos sepulten; queremos también ser topes y perforar la tierra aunque un hundimiento nos aplaste. ¿Qué importa que en las minas no se respire el aire conveniente, ni el polvo de los minerales obstruyan las vías respiratorias y dañen los pulmones, ni la luz actúe sobre el ser humano? Cuando, á fuerza de estas constantes perturbaciones algún organismo se haya puesto en condiciones inservibles, la ciencia nos proporcionará otros artificios. El Progreso como los dioses, necesita víctimas y hay buen número de miserables que docilmente se prestan al sacrificio. El genio de los hombres ha inventado muchas cosas hasta el suicidio colectivo y la degeneración lenta.

R. F.

¡ARRIBA PROLETARIOS!

Momentos críticos para el pueblo trabajador son los que actualmente atraviesa en todas las naciones mal llamadas civilizadas.

Miseria, ametrallamientos, la cárcel, los presidios, son lo único que nos regala el despotismo *ilustrado* fin de siglo.

La justicia histórica, dejando impunes muchas veces enormes crímenes, otras ha poblado los presidios de hombres honrados por el *gran delito* de sustentar ideas redentoras.

En los gobiernos civiles de provincias, *encasillando*—no para diputados—á los

que se distinguen por su amor á la libertad y energía en protestar de

ma la reacción tanto en España como en otros países.

e gente del tanto por ciento, y de la explotación, estrechando sus

ebrosos conciliábulos confeccionando estorbos al progreso de las

os oscurantistas de todos los matices están conformes y unidos

para ahogar en sangre las protestas del altruismo Universal,

tiopía que son inútiles y vanos todos sus esfuerzos para

as ideas nuevas, las cuales concluirán por implantar en-

cima los escombros de la caduca organización de la sociedad actual, el sublime reinado de la Razón y del Derecho verdadero.

Grande es la fuerza conque cuentan los detentadores de la riqueza natural, pero nosotros los desheredados, contamos para vencer con la fuerza de la Razón, que es mucho más potente que la razón de la fuerza.

¿Existe motivo fundado para dudar del triunfo de la sana justicia? No y mil veces no. Los enemigos de la libertad, ejerciendo de iracundos déspotas, no hacen otra labor que acelerar el advenimiento de la misma sin-travas ni cortapisas de especie alguna, tal como la defienden las escuelas revolucionarias.

Existe como siempre, una inteligencia poderosa de parte de toda clase de detentadores del patrimonio Universal, en contra de los ilegítimamente desposeídos; no obstante, en el momento histórico actual se vislumbra más dicho comercio reaccionario, porque el pueblo no es tan miope como antaño lo era, y esto es muy útil. ¿Podemos luchar los oprimidos en contra las injusticias y desigualdades sociales con probabilidades de triunfo?

Todos los amantes de la libertad económica uniéndonos en un sólo haz, ó mejor dicho, hacer que converjen nuestros esfuerzos á la idea libertaria, seremos más potentes intelectualmente que nuestros opresores, y la victoria coronará nuestro trabajo humanitario, absorbiendo á nuestros mismos enemigos de hoy, á pesar de su *sabiduría*, y fuerza brutal de que disponen de momento. Debemos también confiar en que lo caduco de hoy se sostiene tan sólo por la fuerza y por la farsa, y por lo mismo no tiene solidez.

Trabajadores: he procurado demostrar mi opinión; me resta solo indicaros, que, las horas más aprovechables de nuestra penosa existencia serán, á mi modo de apreciar, las que dediquemos á la instrucción y á la defensa de una nueva sociedad, en la cual no exista la explotación del hombre por el hombre y nos tratemos libremente.

Os desea salud y libertad,

FRANCISCO ABAYÁ.

ECOS LITERARIOS

Diariamente recibimos peticiones de libros que no podemos satisfacer por las siguientes razones:

«La Conquista del pan», por Pedro Krapotkine, edición de Madrid, está agotada. «El Hombre nuevo», por Carlos Malato, aún no ha sido traducido al español. El derecho de traducción de «El Dolor Universal», por Sebastián Faure, lo ha adquirido la biblioteca de «El Motín» y según nuestras noticias, pronto se verá á la venta. Hablaremos de dicha obra cuando tengamos á la vista la pañola, que se podrá adquirir por nuestro conducto, así como todas las que componen la mencionada biblioteca, rica en obras populares y fáciles que emancipan el pensamiento de la tiranía religiosa.

El volumen de 350 páginas que componen los trabajos premen socialista libertario celebrado en Buenos Aires, está impreso y podrá adquirirse por mediación de José Sanjurjo, Franja 2ª, constante en España de la sociedad organizadora de dicho congreso.